

los nidos. . . . Hay unos silenciosos, hay otros rumorosos; en los primeros, extática reposa la hembra sobre el nido con su alborotado plumaje cubriendo todo, calentando todo ese profundo misterio que está encarnando vidas. . . ., y sólo el aletear del macho los descubre cuando llega a posarse muy cerca, en la rama vecina, donde queda inmóvil, como orgulloso, como celoso de aquel salvaje hogar entre las frondas. . . . En los segundos, hay un piar de polluelos interrumpido con frecuencia; allí el misterio de la fecundación se ha consumado: hay que mirar al macho y a la hembra en su enloquecido volar por la pradera, del aguaje al nido, del maizal al nido, del

dos; en los nidos. . . . ise piensa entonces en la vida, en la verdadera vida; se bendice a Dios y se venera. . . .!

Hay algo que me atrae hacia el camino: es el rodar de carros llenos de mies, es la dulce canción del campesino, es el agudo silbido del boyero. . . . y camino, camino más, también cantando, también silbando placentero.

Detiene mis pasos el encuentro de hermosa quinta perdida en la pradera.—



Las hojas permanecen inmóviles sobre sus tallos. . . .

fruto al nido, llevando siempre entre el pico alguna cosa que provoca en cada regreso un desesperado piar en los polluelos que apenas se agitan sobre el nido, moviendo nerviosamente sus alas impotentes.

Hay que levantar los ojos hacia el cielo azul salpicado apenas por hoy enrojecidas nubes; hay que contemplar ese sol que hasta en su agonía despierta sentimientos de vida; hay que contemplar las hojas verdes e inmóviles; hay que respirar el perfumado ambiente de la pradera llena de flores; hay que conservar en el oído tanto divino arrullo, tanto sublime piar de aves sobre los ni-

Dichosos, me digo, quienes allí pasan la vida contemplando siempre la vida de este paisaje; sólo así se ha de sentir el placer de vivir. . . . Y me acerco, pero a medida que lo hago me sorprenden detalles poco armoniosos con lo que yo imagino: es un caserón inmenso, con su doble fila de ventanas severamente alineadas, todas iguales en su tosca arquitectura, todas cubiertas como por doseles blancos, y cuando más me aproximo, distingo en cada una de ellas media cama que avanza por fuera de la fachada y que se sostiene allí por dos ménsulas, fijas en las blancas paredes; ¿qué significaba aquella hilera de lechos salientes, casi